

PERSPECTIVAS DEL SACERDOCIO EN EL SIGLO XXI¹

Prof. Andrea Riccardi
Universidad Roma III

Queridos amigos, quiero dar las gracias al Arzobispo de Sevilla por esta invitación y por la posibilidad de compartir con vosotros estas reflexiones. Quisiera partir de la Palabra de Dios. En la primera carta a los Corintios, en el capítulo 11, leemos la narración de la cena del Señor:

“Porque yo recibí del Señor lo que os transmití: que el Señor Jesús, la noche en que era entregado, tomó pan, dando gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía.» Asimismo tomó el cáliz después de cenar, diciendo:

«Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en memoria mía» (11, 23-25).

Nos encontramos en el corazón de la tradición apostólica, que en la Iglesia se transmite de generación en generación. Esta página nos conduce al corazón de la vida de los cristianos, a las primeras comunidades que se reunían con el apóstol. Nos encontramos en el corazón de la Iglesia, es decir, alrededor de la mesa de la Eucaristía. Jamás se podrá dejar de insistir sobre el misterio central de la

¹ Conferencia pronunciada el 4 de marzo de 2010 en las XIX Jornadas Teológicas del Centro de Estudios Teológicos de Sevilla sobre el tema “El sacerdocio en la Iglesia hoy”.

vida de la Iglesia. En efecto, la comunidad de los cristianos vive de la Eucaristía. Su celebración ofrece la verdadera imagen de la Iglesia reunida en el nombre del Señor. Allí está Él en medio de los discípulos.

Pero quisiera detenerme en una sola palabra del Señor que Él repite en el Evangelio dos veces, después de haber dado gracias tomando el pan y después de haber dado gracias tomando el vino. “Haced esto en memoria mía”. El mandamiento se dirige a los apóstoles. Se dirige al apóstol Pablo que participa como tal en la revelación del Señor. En los textos evangélicos, toda palabra dirigida a los presentes, al mismo tiempo se dirige siempre a quien la escucha.

Es un mandamiento que conforma la Iglesia. Cuando el Domingo, en cualquier parte del mundo, el pueblo de Dios y los ministros ordenados se reúnen para la Eucaristía, se vive ese mandamiento: es una tradición decisiva, asimilada por el pueblo de Dios, que se ha convertido en su instinto profundo, hasta el punto de empujarlo a participar en la Eucaristía en el día del Señor. La Iglesia Católica ha hecho de ello un precepto que ha tenido una función educativa importante: recordar a los cristianos, independientemente de su situación y su cultura, que están llamados a la Eucaristía.

Pero en medio del pueblo de Dios hay algunos hacia los que se dirige de forma especial el mandamiento de Jesús: los obispos y los presbíteros. A través de la imposición de las manos, ellos están íntimamente unidos a la sucesión de los apóstoles. Las palabras de Jesús son para todos, pero los presbíteros las escuchan con un oído especial. Celebrar la Eucaristía es el gran servicio que hacen al pueblo de Dios, poniendo en práctica: “haced esto en memoria mía”. Ellos deben escuchar de forma personal esta palabra de Jesús y hacer memoria de ella.

Con una expresión eficaz, Juan XXIII dice cómo la Eucaristía es el corazón de la vida del presbítero y del obispo. Lo hace cuando toma posesión de la basílica de San Juan de Letrán en 1958. Entonces se presenta como obispo de Roma en la catedral:

“Por tanto, –afirma– es sobre el altar donde deseamos invitaros a

buscar siempre al obispo y al sacerdote, en el acto de distribuir el cuerpo y la sangre del Señor, porque ésta es la esencia viva de la religión que profesamos, es decir, el *Nobiscum Deus*, el Dios con nosotros...».

¿Dónde está el sacerdote? Se le puede ver en muchos lugares y en muchos aspectos de la vida de la Iglesia. Se le puede ver en muchas reuniones. En muchas actividades. Pero hay un lugar fundamental donde encontrar al sacerdote y donde éste se debe pensar. La geografía de una vida puede ser dispersa, pero hay un lazo indisoluble entre el sacerdote y el altar. El sacerdote y el obispo nacen junto al altar, en la liturgia de la ordenación. Y viven junto al altar. Dice el Papa Juan:

“Es desde el altar, desde este monte santo, desde el que debemos mirar las cosas terrenas, juzgarlas y servir las. Incluso las cuestiones más graves en las que a veces se lacera la convivencia humana deben tomar de ahí el principio de una justa solución”.

Después de medio siglo se debe confirmar esta palabra, a partir de la experiencia de sacerdotes en las más diferentes situaciones. La perspectiva del sacerdote del siglo XXI es desde el altar. Desde aquí el sacerdote mira a la vida, a las alegrías y a los problemas, a los dramas, a las dificultades de la convivencia. Desde el monte santo del altar: con una mirada litúrgica, se podría decir. Pero, ¿qué quiere decir de forma concreta? La suya no es la perspectiva del sociólogo, ni del psicólogo, el pedagogo, el maestro, el asistente social, y mucho menos el teólogo. A través de una u otra especialización, el sacerdote puede justificar su existencia social, pero éstas no son sus perspectivas.

Estamos en un tiempo de fuerte antagonismo social y de opiniones, hasta el punto que parece un verdadero pluralismo; pero en el fondo hay un gran conformismo detrás de los fuegos artificiales mediáticos que acaparan la escena. Mirar las cosas desde el altar significa verlas de forma diferente a como lo hace el conformismo imperante, la calle, o la pequeña pantalla de televisión. Hay una originalidad de la mirada desde el altar. Para los sacerdotes es necesario empezar a mirar la vida –incluso la propia– desde el altar. El sacerdote debe considerar su vida en la perspectiva del altar. Esto significa tener una mirada iluminada por la Palabra de Dios:

“Tu palabra es antorcha para mis pasos, luz para mi sendero” dice el Salmo 119 (105).

El Papa Juan es un Padre de la Iglesia de nuestro tiempo. Ha conducido la Iglesia católica hacia el Concilio Vaticano II. Juan Pablo II lo ha inscrito entre los beatos. Desde su juventud, el Papa Juan ha sido un sacerdote, fiel a la oración, amante de la Escritura, servidor del altar. Sus apuntes autobiográficos y espirituales son un testimonio de cómo ha vivido como sacerdote en medio de la gente más variada. Juan XXIII afirma que sobre el altar “el ojo contempla dos objetos especialmente preciosos y venerables: un libro y un cáliz. Entre el libro y el cáliz poned al sumo sacerdote, poned con él a todos los participantes en el sacerdocio...”.

El altar no está vacío: están el cáliz y el Libro. El cáliz recuerda lo que creemos: que Jesús está en el cáliz del vino y en el pan. Está el Libro, que no son máximas de sabiduría ni un texto ritual. Después de la embriaguez por la que la modernidad quiso poner fin a toda religión, hoy se habla más de espiritualidad y de sus clásicos. El Libro sobre el altar no es, sin embargo, un clásico de espiritualidad. Manifiesta la presencia del Señor que habla. Dice el Papa: “He aquí en el misal los dos Testamentos, he aquí en el anuncio que se hace al pueblo el punto principal y más elevado del sacerdocio católico...”. El Concilio Vaticano II afirma esta tradición en la *Dei Verbum*:

“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia”.

Mirar al sacerdote sobre el altar significa verlo cerca del cáliz y del Libro.

¿Qué debe hacer el sacerdote? Juan XXIII responde:

“Si todas las preocupaciones del ministerio pastoral nos resultan queridas y advertimos su urgencia, sentimos sobre todo tener que animar, por doquier y con continuidad de acción, el entusiasmo por toda manifestación del libro divino, que está hecho para iluminar desde

la infancia hasta la edad más tardía el camino de la vida”.

La vida del sacerdote es compleja, está hecha de preocupaciones y responsabilidades, de encuentros variados y compromisos que parecen superponerse o entrar en conflicto. Se dice que hoy hay menos sacerdotes y que hay necesidad de hacer más. Se dice que el sacerdote debe llegar a todos. Hay muchas urgencias, pero al mismo tiempo los sacerdotes se encuentran a veces más cansados. Saben menos qué decir o hacer con los fieles. En la perspectiva del altar, el sacerdote lee la necesidad de la gente de forma esencial. En el Evangelio de Mateo, antes de la llamada de los Doce, se lee: “Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9,36). La gente está cansada, está abatida, sin entusiasmo por lo que vale, aunque esté dominada por muchas cosas y se agite, aunque esté dominada por pasiones tristes. Falta un pastor –es decir, la guía y la orientación– en el corazón de la gente. Juan XXIII habla de animar el entusiasmo por toda expresión y manifestación del Libro. No quiere decir sólo explicar la Biblia, darla a conocer o hacer exégesis, sino que subraya la necesidad de suscitar entusiasmo por las diferentes “manifestaciones” del Libro divino.

Esto se refiere a la predicación. No siempre ciertos discursos u homilías animan el entusiasmo por el Libro. A veces la predicación no está preparada, es extemporánea o no parte del Libro, no toca el corazón de quien la escucha y mucho menos lo mira a la cara con su realidad. Es una gran cuestión, un desperdicio, a veces una humillación de los laicos. La gente necesita entusiasmo: encontrar con estupor el corazón de la propia vida.

Hemos dicho cómo la palabra (“haced esto en memoria mía”) se dirige especialmente a quien preside la liturgia. Servir a la liturgia es el mayor don que se puede hacer al pueblo de Dios, pero también toca personalmente a quien lo hace. Por esto –dígase a modo de inciso– hay que buscar siempre la alegría de cumplirlo. Una vez escuché a un monje anciano que alargaba la Misa decir francamente a la gente: “Perdonad, pero yo estoy tan contento cuando celebro...”. La alegría sobre el altar hace que vuelvan a la mente las palabras del segundo libro de las Crónicas, durante el tiempo de la reforma del sacerdote Joadá y del rey Joás, cuando

se restauró el templo (un acontecimiento efímero, porque con la muerte del sumo sacerdote, el rey se alejó). Se lee: “conforme a lo escrito en la Ley de Moisés, para ofrecer los holocaustos con alegría y cánticos” (23, 18). La alegría en la liturgia es la forma interior del sacerdote de dar gracias al Señor. Entonces, ¿por qué realizar una celebración descuidada, con poco amor y estupor? Allí se manifiesta el entusiasmo, el estupor de una comunidad y un sacerdote que han encontrado al pastor de su vida.

Sin embargo, el sacerdote vive una larga parte de su tiempo lejos del altar. Muchas veces su vida transcurre en la prisa. Se lee en el rito de la ordenación diaconal: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado”. Vivir lo que se enseña. El sacerdote –más que cualquier otra profesión- hace con los demás lo que él es. En toda profesión se aprende el aspecto teórico y después, con el tiempo, se hace experiencia práctica aplicándolo. En el sacerdote el hacer con los demás está estrechamente ligado con lo que es y vive, no tanto con lo que ha aprendido. Él comunica lo que vive. Hace lo que es.

La memoria de Jesús se refiere a su vida personal. La memoria es oración, amor por la Palabra de Dios. Si el ministro del altar debe suscitar entusiasmo por el Libro, ¿cómo no va a ser él mismo entusiasta, y custodiarlo como algo precioso? El Libro es la memoria del Señor. Cada página de este Libro hace memoria del Señor, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, con palabras, situaciones, lenguajes y mensajes diferentes. El sacerdote hace memoria del Señor en su vida amando y custodiando la Palabra del Señor. No es casualidad que los sacerdotes católicos reciban el Breviario, donde encuentran los Salmos, la Escritura, los Padres y los cánticos, lo que se llama la liturgia de las horas. Al final de la liturgia de San Juan Crisóstomo, celebrada por la Iglesia ortodoxa, antes de la bendición, el pueblo canta:

“Que se llenen nuestras bocas de Tu alabanza, Señor, que cantemos Tu gloria. Nos has hecho dignos de participar de Tus santos y divinos misterios que dan vida. Consérvanos en Tu santidad, que todo el día vivamos conforme a Tu verdad”.

La Biblia es memoria del Señor. Prepara al sacerdote para hacer memoria de Jesús en la liturgia. El amor de la Biblia prepara para predicar el Evangelio. El amor por la Biblia dispone a mirar desde el altar el drama y la belleza de la vida. En la antigua liturgia romana, celebrada antes de la reforma postconciliar, el sacerdote pronunciaba a los pies del altar, al inicio de la Misa, las palabras del Salmo 43. En un cierto sentido, en su vida todos los sacerdotes se encuentran a los pies del altar, yendo hacia él o viniendo de él. Quizá todos estamos a los pies del altar. Dice el Salmo 43:

“Envía tu luz y tu verdad,
ellas me escoltarán,
me llevarán a tu monte santo, hasta entrar en tu Morada.
Y llegaré al altar de Dios,
al Dios de mi alegría.
Te alabaré gozoso con la cítara,
oh Dios, Dios mío” (3-4).

El Libro es la verdad y la luz que guían hasta el monte santo, la asamblea festiva de los santos, el día del Señor. Se irá, como dice el Salmo, con alegría, es más, con entusiasmo. La Biblia enseña a cantar a Dios con la cítara, es decir, se podría decir que enseña a celebrar la liturgia. Y el Salmo 26 se entona con el Salmo 43, porque en la Biblia una página habla a la otra, y una página ilumina a la otra. Dice el Salmo 26:

“Lavo y purifico mis manos,
doy vueltas a tu altar, Señor,
pronunciando la acción de gracias,
pregonando todas tus maravillas.
Amo, Señor, la belleza de tu Casa,
el lugar donde se asienta tu gloria.
...mi pie sigue el camino recto,
en la asamblea te bendeciré, Señor.” (6-12)

Es otro salmo vinculado a la liturgia, evocado cuando el sacerdote se lava las manos después del ofertorio. El Salmo 26 enseña a amar la Casa de Dios (el salmista hace alusión al Templo), la asamblea festiva en la liturgia. Allí habita la gloria del Señor. Allí el salmista quiere hacer resonar las voces de alabanza y narrar las maravillas del Señor. El sacerdote encuentra el Libro sobre el altar, pero ese

Libro le acompaña en la vida de cada día y le hace recordar al Señor según el mandamiento: “haced esto en memoria mía”.

Hacer memoria del Señor es amar la Palabra de Dios: rezar cada día con la Palabra. En la cotidianidad se encuentra la expresión de la fidelidad. Lo que no es cotidiano al final no cuenta. No hay día sin buscar a Dios, sin acordarse de él. “Cada día” es nuestra pobre forma humana para decir “siempre” y para vivirlo. No podemos decir “siempre” porque tenemos un límite. “Cada día” es nuestra forma de decir siempre. Cada día, independientemente de lo que ocurra, se cumplen las funciones vitales de la existencia: cada día se come y cada día se bebe. De la misma forma, cada día estamos llamados a hacer memoria del Señor y a leer la Escritura.

Aquí nos encontramos ante la gran tradición que se remonta a las primeras generaciones cristianas, a los monjes, a los Padres de la Iglesia. El estudio cotidiano y continuo de la Torá es para el judío una bendición. Abraham Joshua Heschel, el gran estudioso judío, ha comprendido el corazón de la enseñanza. ¿Cómo se alcanza la eternidad? –se pregunta Heschel en un libro sobre el Sábado. Responde: “El mundo es transitorio, pero la Palabra de Dios, de la que ha sido creado, es eterna. A la eternidad se llega dedicando la vida a la Palabra de Dios, al estudio de la Torá”. Quien estudia la Palabra de Dios se abre a la eternidad: esta es la gran lección.

La nuestra no es la religión del Libro, sino de la presencia de Dios en Jesús de Nazaret que está en medio de nosotros. La lectura del Libro es memoria del Hijo y del Padre en el Espíritu Santo. Isaac el Sirio enseña a rezar en el Espíritu Santo antes de leer la Biblia: “Concédeme, Señor sentir la fuerza que contiene”.

Juan Casiano, que en sus conferencias sobre los antiguos monjes observa: “... debemos aprender de memoria muchos pasajes de las Sagradas Escrituras para después recorrerlos incesantemente. Esta meditación continua nos procurará frutos...”. Añade: después de haber aprendido de memoria algunos pasajes de la Escritura, aunque no los hayamos comprendido hasta el fondo, “cuando los volvamos a meditar en silencio, esos mismos pasajes ... se nos presentarán con una luz muy bella”. El último Sínodo sobre la Palabra de Dios nos llama a todos a hacer de la Palabra de Dios el

centro de nuestra existencia. Laicos, religiosos, sacerdotes... es el gran desafío de la espiritualidad de nuestro tiempo: entusiasmar por el Libro, como decía Juan XXIII, empezando nosotros mismos a gustar entusiasmo por él.

La lectura de la Biblia se convierte en felicidad. Toda felicidad no es placer inmediato, sino fruto de la fatiga. La sociedad del milagro tecnológico ama la rapidez y el poco esfuerzo. Sin embargo, felicidad y fatiga están unidas. El Salmo 1 canta una bienaventuranza que representa el *incipit* del Salterio:

“Feliz quien no sigue consejos de malvados
ni anda mezclado con pecadores
ni en grupos de necios toma asiento,
sino que se recrea en la ley del Señor,
susurrando su ley día y noche.
Será como árbol plantado entre acequias,
da su fruto en sazón, su fronda no se agosta.
Todo cuanto emprende prospera.” (1-3)

Esta es la puerta del Salterio, es decir, de la oración. No se puede leer este Salmo como dos invitaciones yuxtapuestas: una moral (no seguir consejos de malvados), y otra religiosa (susurrar, meditar la ley). El consejo de los malvados y el camino de los pecadores son el conformismo: un conformismo que habla a través de voces externas a nosotros, pero también desde nuestro íntimo, hasta tal punto lo hemos asimilado. Hay una fuerza prepotente del conformismo, como el aire que respiramos. Es el conformismo de una sociedad blanda y fragmentada, donde todo parece diferenciado y plural, pero en el fondo todo está movido por el mismo viento que va en un sentido. No hay estado de vida, situación o función que protejan de la atracción fatal del conformismo.

El Salmo propone otro camino. El hombre que da fruto en todo tiempo, incluso en los tiempos infecundos, siempre verde, que hasta las hojas no se le caen (que no conoce ni invierno ni otoño), que prospera en todas sus empresas, es un árbol plantado a lo largo de cursos de agua. A lo largo de las Escrituras, el hombre es comparado muchas veces con un árbol, como se ve en el relato de Jesús que cura al ciego que, cuando empieza a ver a los demás,

dice: "Veo a los hombres, ... como árboles, pero que andan" (Mc 8, 24).

¿Quién es el hombre que se alimenta de las fuentes, como un árbol a orillas del río? Es el que "se recrea en la ley del Señor" y "susurra su ley día y noche". Precisamente porque se complace de la Palabra de Dios, "no sigue consejos de malvados ni anda mezclado con pecadores ni en grupos de necios toma asiento". Ha renovado su mente, liberándose del conformismo de quien se sienta en compañía de los necios, a través del amor por el libro, que crea una mentalidad nueva. Claro, se necesita paciencia para que, según el Salmo, este beber de la fuente dé "fruto en sazón", a su tiempo. Nada se produce en un momento, salvo lo efímero.

La "moral", por así decir (libres de los consejos de malvados), viene del complacerse en la Palabra de Dios. No son dos mundos, la doctrina y la moral; sino un continuo de vida que hace amar el bien a quien se alimenta de las fuentes puras, como árboles plantados junto a un curso de agua. Así madura la perspectiva del sacerdote a partir del altar, donde está el Libro de la Palabra de Dios. Se podría decir que esta es la espiritualidad necesaria. Un poco de espiritualidad hace bien. Pero los problemas de los sacerdotes son otros: la relación con la gente, la eficacia, la acción pastoral. Son preguntas pertinentes, pero la respuesta no se encuentra afrontando las cuestiones y discutiéndolas una a una. No hay respuestas esquemáticas para los problemas de hombres y mujeres diferentes entre sí. Nada es igual. Muchas veces tampoco se puede programar. La respuesta no se refiere tanto a la eficacia de la acción como a la capacidad de amar. Los frutos, las palabras justas, las actitudes fecundas, vienen porque se está radicado en algo vivo que inspira el corazón y nos vuelve amorosamente sabios.

En nuestro mundo contemporáneo, dominado por el mercado, todo se vende y todo se compra. El valor es económico. Lo que no tiene valor económico no existe y no se ve. Se vive en medio de la gente pero como ciegos ante ellos. La gente puede utilizarse recíprocamente, pero muchas veces no se mira a la cara. Quien ama la Palabra de Dios ve a los demás. Sí, desde el altar se ve. La lectura de la Palabra de Dios nos ayuda a tener una visión de la vida, de los hombres y de nosotros mismos, libre del conformismo

de nuestro tiempo o del materialismo económico.

El nuestro es un tiempo en el que se corre, se cree discutir, pero no se ve. Esto es verdad en la pequeña perspectiva cotidiana pero también en la de nuestros países europeos que no tienen una visión del futuro. En los años 50 Karol Wojtyla escribió una afligida poesía: “creo que el hombre sufre sobre todo por falta de visiones”.

Muchos se han escondido en la sombra de la irrelevancia. Los pobres no cuentan porque no tienen nada que dar a cambio, ni fuerza para imponerse. Son inapreciables. Pero los cristianos ven a los pobres. En la parábola del juicio final, quien recibe el reino es el que ha visto a los hambrientos, a los sedientos, a los forasteros, a los desnudos, a los enfermos y a los encarcelados, y ha reaccionado con generosidad. Quedará asombrado: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber?” (Mt 25, 37). Y el rey responde: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40). Olivier Clément, un profundo teólogo ortodoxo, habla del “pobre” como sacramento del hermano, porque Jesús se reconoce en él. No hay vida cristiana sin la familiaridad con un pobre.

La Palabra de Dios plasma el sentido de la realidad de forma no utilitarista ni material. Hace ver a quien no se ve, empuja nuestra mirada más allá de los límites de lo que habitualmente se llama realidad. Interviniendo en el Sínodo de los obispos sobre la Palabra de Dios, Benedicto XVI ha dicho: “... la Palabra de Dios es el fundamento de todo, es la verdadera realidad. Y, para ser realistas, debemos contar precisamente con esta realidad. Debemos cambiar nuestra idea de que la materia, las cosas sólidas, que se tocan, serían la realidad más sólida, más segura....Únicamente la Palabra de Dios es el fundamento de toda la realidad, es estable como el cielo y más que el cielo, es la realidad. Por eso, debemos cambiar nuestro concepto de realismo. Realista es quien reconoce en la Palabra de Dios, en esta realidad aparentemente tan débil, el fundamento de todo. Realista es quien construye su vida sobre este fundamento que permanece siempre”.

El realismo del cristiano no se contenta con una realidad humana

a medias, que se impone con las luces deslumbrantes. El cristiano ve el mundo de los márgenes o escondido por la sombra, o sumergido en la profundidad: el mundo del espíritu o de los pobres. Concluye Clément: “La verdadera espiritualidad es lo que hace realistas...”. Este es un gran desafío, humano y cultural: ver lo que no se ve y amar lo que no se ama, porque no se ve. La mirada del sacerdote no es conformista porque ve la realidad que no cuenta ni tiene valor económico: los pobres, el corazón, el espíritu, los dolores, la fe, el cansancio de creer, el pecado, la necesidad de perdón...

La perspectiva del sacerdote, formada desde la Palabra de Dios, crea una mirada que permite ver más allá y dentro. De esta forma hay una sabiduría de vida, que no es monopolio eclesiástico, sino que debe vivir en los sacerdotes. El libro del Eclesiástico, en sus páginas finales, parece casi reprender al Salmo 1 con una bienaventuranza. Las bienaventuranzas son desafíos para quien cree: seréis felices si amáis la Palabra del Señor. No la carrera, ni el éxito, ni el consenso, ni siquiera la eficacia o los frutos del propio trabajo, dan la felicidad; sino que la Palabra del Señor hace felices. Todas las bienaventuranzas son paradójicas. ¿Cómo será feliz un pobre? ¿cómo poseerá la tierra un manso?

“Dichoso el que repase estas enseñanzas a menudo; -dice el Eclesiástico- el que las guarde en su corazón se hará sabio. Y si las pone en práctica, en todo será fuerte, porque la luz del Señor iluminará su camino”. (50, 28-29).

La experiencia de la Palabra, bien fijada en el corazón y practicada, hace sabios y fuertes, dice el autor del Eclesiástico. Da luz incluso en tiempos oscuros. Pero, ¿se puede hablar de un fuerte refiriéndose a un sacerdote que por el contrario parece frágil, sin un papel social como tenía ayer, sin una familia, sin una profesionalidad? ¿No es el sacerdote demasiado diferente de los demás?

Muchas veces se tiene la sensación de que los problemas de la distancia con los demás y de la fragilidad del sacerdote se pueden resolver tratando de ser más similares y cercanos. El mensaje de la opinión pública al sacerdote y a la Iglesia –escribe el gran estudioso laico del cristianismo, Alphonse Dupront, es que “una sociedad eclesial sólo puede proseguir amoldándose”. Quizá el

sacerdote sufre más este mensaje porque es el menos común de los cristianos y porque desearía estar cerca de todos. Hace algunos años el card. Ratzinger escribió unas palabras que pueden parecer duras pero que, a mi juicio, esconden una verdad histórica además de espiritual:

“El ‘anacronismo’ de la Iglesia, que, por una parte, significa debilidad -se la empuja para que se aparte-, también puede ser su fortaleza. Los hombres tal vez piensen que, para luchar contra ideologías tan banales como las que ahora predominan en el mundo, se necesita una oposición, y que la Iglesia puede ser moderna siendo antimoderna, es decir, oponiéndose a lo que dicen todos. A la Iglesia le corresponde ejercer un papel de oposición profética... En realidad, el coraje de la verdad es su gran fuerza, aunque esto al principio parezca que le hace daño, al quitarle popularidad y encerrarla en una especie de *ghetto*”.

No son palabras pesimistas, sino realistas y habitadas por la esperanza. Hay un carácter profético en la vida del sacerdote y en la perspectiva con la que mira las cosas. Y la profecía -nos enseña la Biblia- es fuente de sufrimiento personal: ¿quién no conoce el lamento de los profetas con Dios? El profeta no es necesariamente uno duro, un fustigador de los hombres, sino alguien que no siempre está en sincronía con su tiempo: parece estar atrás, pero mira adelante.

Juan Pablo II, en el libro autobiográfico sobre el sacerdocio, *Don y Misterio*, publicado en 1996, que es un himno al sacerdocio católico, escribe:

“Pero más allá de la debida renovación pastoral, estoy convencido de que el sacerdote no ha de tener ningún miedo de estar “fuera de su tiempo”, porque el “hoy” humano de cada sacerdote está insertado en el “hoy” de Cristo Redentor. La tarea más grande para cada sacerdote en cualquier época es descubrir día a día este “hoy” suyo sacerdotal...”.

El hoy sacerdotal, por usar las palabras del Papa Wojtyla, ¿significa estar alejados y ser diferentes de los hombres? El hoy sacerdotal, para expresarlo con las palabras del Papa, construye una casa para muchos. Quisiera ir a la conclusión del discurso de la montaña en el capítulo 7 de Mateo, después de que Jesús ha hablado tanto a las multitudes. En una síntesis, al final de

sus discursos, el Maestro afirma que no entrará en el reino de Dios quien sólo repite su nombre. Muchos tendrán el orgullo de haber profetizado (es decir, hablado y predicado) en el nombre del Señor. Otros tendrán el orgullo de haber realizado milagros. Cosas importantes: los milagros y la profecía constituyen un aspecto decisivo de la vida de los discípulos. Pero Jesús alejará también a quien ha realizado grandes cosas en su nombre y los llamará “agentes de iniquidad” (Mt 7, 23). Jamás ha conocido a esa gente, a pesar de los milagros y las profecías. ¿Por qué? ¿No reconoce a quien ha trabajado en su nombre?

Hay que ponerse otra pregunta: ¿qué significa ser conocidos por Él? Hasta quien realiza bellas y buenas obras no es conocido por Él. ¿Entonces? La respuesta es simple: es conocido por Él quien escucha sus palabras y las pone en práctica. Es conocido por Él quien ama la Palabra de Dios y la vive. Es el hombre que se complace de la ley del Señor en toda su vida: corazón, mente, existencia. Los demás, para decirlo con el Salmo 1, son como “tamo impulsado por el viento”.

Jesús narra una parábola que hay que tener en mente: el hombre sabio que ha construido su casa sobre la roca. Llegan los momentos duros: lluvia, desbordamiento de torrentes, vientos que soplan, pero la casa no cayó. Está construida sobre la roca. Así es la vida de quien escucha la Palabra de Dios. Por el contrario, quien no escucha las palabras de Jesús y no las pone en práctica es un hombre insensato que ha construido su casa sobre la arena: en el momento dramático la casa cayó “y fue grande su ruina”. Las dos casas parecen exteriormente iguales, pero son profundamente diferentes. La del insensato, que no está fundada sobre la roca, no resiste con el paso del tiempo y el desencadenarse de los elementos contrarios.

La casa es la vida. La “casa” puede ser entendida de muchas formas, pero todas expresan la idea de la acogida a los demás y de la estabilidad de una vida. La roca tiene múltiples significados en la Escritura. Es la roca de la que bebió el pueblo de Israel en el desierto. También quiere decir Cristo mismo. El verdadero discípulo, el verdadero sacerdote construye su casa sobre la roca: es una decisión personal, custodiar la Palabra y vivirla. Se vuelve sabio y

fuerte, como dice el Eclesiástico. Hay una verdad profunda: cada uno de nosotros comunica de verdad lo que vive en profundidad. Claro, también está nuestro pecado y nuestra oscuridad. Pero por encima de todo, la verdad es estar fundados sobre la roca. Esta realidad me ayuda a mí mismo, pero también ayuda a los demás porque se comunica a través de las palabras, el espíritu y los acontecimientos de mi vida.

No sólo soy yo el que está fundado sobre la roca sino que, construyendo mi vida como casa sobre la roca, puedo hospedar a los demás, ayudándoles a que ellos mismos funden sobre la roca de la Palabra. El amor por la Palabra vivido en el corazón de un hombre, al final le ayuda cien veces más y mucho más del céntuplo. Un hombre bien fundado se convierte en una casa para muchos. La vida del sacerdote es una casa para muchos. Para quien no tiene familia, para quien no tiene casa, y para quien tiene casa. Este es el mayor don que se puede hacer a los demás: fundarse sobre la roca de la Palabra de Dios y ofrecer una casa a muchos en su amor y en su fe.

El sacerdote no es un hombre aislado, sino que encuentra casa para muchos. Su sentido de la realidad no es el de la perspectiva de todos los días. Su sentido del tiempo le hace parecer fuera del tiempo. Sin embargo, muchos aspectos de su vida muestran que él se convierte en una casa para muchos, que da frutos a su tiempo, que es verde incluso en las estaciones invernales, que hasta de anciano puede ser útil. Sí, su vida es una obra de gran paciencia, donde tampoco faltan los signos de bendición y de fecundidad. Tiene razón el gran santo ruso, Serafín de Sarov: “Adquiere la paz en ti mismo y miles a tu alrededor la encontrarán”.